

R 115734

J. DARIO JAEN

EL SENDERO INEVITABLE

(NOVELA)



Tipografía y Casa Editorial "La Moderna" - Panamá - 1928

© Biblioteca Nacional de España

V
Ca. 1256 - n.º 16

22



EL SENDERO INEVITABLE

OBRAS DE J. DARIO JAEN

LILIANA—novela.

VORTICE DE PASIONES—cuentos.

EL ENIGMA FORMIDABLE—novela político-social.

FLOR DE VESANIA—novela.

LA MASCARA DE UN IMPERIO—problema México-Yanquilandia.

FUEGOS FATUOS—cuentos.

DE LA HORA FUGAZ—poemas.

EN EL CAUCE DE LA VIDA—páginas escogidas.

EL SENDERO INEVITABLE—novela.

OBRAS TEATRALES

ESCRÍTO CON SANGRE—drama en un acto.

FUEGO Y NIEVE—drama en dos actos.

TODO EN BROMA—Sainete.

LA RUTA DE LOS VENCIDOS—comedia dramática.

ORGULLO SUPREMO—drama en un acto.

DERECHOS DE PROPIEDAD RESERVADOS

DEDICATORIA

A MI DISTINGUIDO AMIGO
DON MANUEL DE J. QUIJANO,

CON MI ALTO APRECIO.

EL AUTOR



El Sendero Inevitable

Mi amigo, Darío Jaén, trajo una buena mañana a mi mesa de Trabajo un manuscrito, que él me aseguró era una novela, y me solicitó unas líneas de prólogo para ella.

Darío Jaén no es un novelista desconocido en la América: su obra, obra de juventud, es bastante extensa; pero Darío Jaén quiere conquistar el público peninsular: para esa conquista me pidió el prólogo. Yo no creo que un simple periodista, que no es académico, que escasamente ha editado algún libro de cuentos y dos de pequeños ensayos, es el más llamado para hacer de introductor; mas el complacer a mi amigo Jaén, un noble idealista, un devoto cultivador de las letras, me obliga a no desatender su solicitud.

*
* *

La personalidad de Darío Jaén se define fácilmente: temperamento artístico refinado, curioso viajero, husmeador de múltiples sensaciones, ha paseado su figurilla magra, por diversos países del Continente: sus ojillos, que se esconden tras los cristales de unas gafas que se diría se quieren desmontar de la base de su nariz, van atrapando sensaciones en su caminar

por la vida y guardándolas tranquilamente en los bolsillos: el traje espiritual de Jaén posee muchos bolsillos: en ellos viven guardadas muchas sensaciones. De estas sensaciones nacen sus novelas.

Las novelas de Darío Jaén no son novelas regionales: el ambiente no se concreta: no son tampoco novelas cerebrales: son novelas de pasión. Corre la pasión por ellas como río crecido: a veces se resuelve en la quietud de un lago: por poco tiempo: el cauce se achica de nuevo y se lanza hacia el mar con una seguridad, con una fuerza, arrolladoras.

*
* *

Nuestro novelista adora en los títulos rimbombantes: analicense así de pasada estos: "Vórtice de pasiones", "El enigma Formidable", "La Máscara de un Imperio" "De la hora fugaz", "Flor de Vesania": el de la presente obra guarda relación con ellos: "El Sendero Inevitable".

Las novelas, el desarrollo de las tramas, no tienen la rimbombancia de los títulos: son perfectamente humanas.

Eso sí: Darío Jaén, no podrá ser nunca el cantor de la epopeya de todos los días: anhela los hombres raros, las mujeres raras, ansía humanidad, pero humanidad que no recorra la senda de los difuminados, de los luchadores que ni triunfan, ni - ay, lo que es casi más terrible! - ni fracasan.

Los protagonistas de la obra de Darío Jaén son siempre los triunfadores o los fracasados y triunfos grandes o fracasos grandes: huye de las formulas intermedias: talvez se opinará que dá la espalda a la vi-

da, de ordinario tan vulgar, en la que las grandes pasiones se entrelazan con nimiedades infinitas, las nimiedades enterradoras y tristes: no hay tal: las figuras que novela con cariño Darío Jaén son vivas; por sus venas corre sangre: lo que no son es vulgares.

Los problemas que plantea Darío Jaén absorben: en Darío Jaén hay materia prima de novelista: administra el secreto de la sugestión: lleva al lector por las sendas que él desea con habilidad suma; Darío Jaén es el autor de la obra de imaginación: el sugestionador de atenciones: el lector es el pajarillo que no puede dominarse a sí mismo dejando de ir hacia la boca de la serpiente embaucadora que le atrae irresistiblemente.

Esa es la materia prima de novelista. Para lograrla, trabajó mi amigo en la mina de sensaciones y luego de dar con la veta, supo extraer el tesoro que guardó en los bolsillos de su traje espiritual.

*
* *

La Teodora de "El Sendero Inevitable" es una mujer no vulgar: va por el mundo a caza del amor: ha sido la cazadora muchas veces: hasta que encontró su cazador: su cazador no podía ser uno de tantos: necesitaba significar algo más: este algo más es el cerebro disciplinado, constructivo, de Fernando Vidal.

La novela entrelaza magistralmente estos dos caracteres complicados, sensibilizados, mareados por exceso de siglo veinte y de literatura: la acción se destiza, sin un salto, por donde debía resbalar. El plana inclinado no admite rectificaciones: sí puede admitir

choques: formidable choque es el de estas dos almas que se encuentran, y que resuelven su conflicto en una sola pasión.

Bastará esta pasión para estas almas? No nos lo dice el novelista: detiene la acción en ese instante: talvez "El Sendero Inevitable" necesite una segunda parte: esta segunda parte sería el hastío de los que se imaginaban resuelto su problema.

Y este hastío sería su perdición: las almas de Teodora de Fuente Clara y de Fernando Vidal no pueden sujetarse a la esclavitud de la vulgaridad: en cuanto la vulgaridad les roce se acabará el idilio iniciado en la última página de la novela.

El idilio roto sería una gran novela: Darío Jaén, tan amigo de escrudiñar en las vidas raras, pudiera ser su autor.

*

* *

Amigo lector: no deseo yo acabar la magia de la narración, desflorar tus impresiones: sé que has de leer hasta la línea final, esta nueva obra de Jaén, un novelista a la manera tropical, cálido, sugestivo y evocador.

ENRIQUE RUIZ VERNACCI.

NOTA DEL EDITOR: Este prólogo fue escrito expresamente para una edición que del presente libro, se avanza en España.

El Sendero Inevitable

I

Teresita Ruiz, la nueva secretaria—inteligente y decidora, rubia muñequita de carne y hueso, graciosa dentro de su mentido candor de colegiala—, dejó de teclear en la “Underwood”, hizo girar la silla, fijó sus bellos ojos de almendra en su jefe y se quedó mirándolo en silencioso arrobo, mientras se decía: “Este es el tipo de hombre que he soñado”.....

Admirábalo la rubita pizpireta y frívola no solamente como escritor, sino como hombre bien parecido.

Alto, flexible, de rostro viril y sereno, cuidadosamente afeitado; de fuerte mentón y frente despejada; de ojos negros y expresivos; de pelo castaño, nariz aguileña y blanca la color; de amena charla y elegancia en el vestir y en el andar, Fernando Vidal, si bien no era un tipo tan seductor como Dorian Gray, no estaba muy lejos de serlo. Por lo menos así lo aseguraban sus múltiples admiradoras y amigas, entre quienes contábase a granel damitas *chic*, que figuraban entre la *élite* social.....

Terminado que hubo la lectura de interesante proceso criminal, el joven abogado y novelista se puso de

pie y avanzó algunos pasos hacia el sitio que ocupaba su secretaria:

—Terminó Ud., señorita Ruiz? —interrogó amable.

—No—respondió élla con monería—. Me detuve para hablarle, pero..... no me atreví a interrumpirle.

—¿Y en qué la puedo servir?

—Mañana es el día de mi cumpleaños.....

—Estaba enterado: recordará que me lo informó ayer.

—Mi tía Valentina quiere que mamá y yo nos pasemos el día en su casa de campo, para que allí celebremos modestamente mi fecha onomástica.

—Y usted, desde luego, desea que yo le dé permiso...

—Precisamente, doctor.

—Bueno, aceptado, ¡pero con una condición.... !

—A ver, diga usted.

—Con la condición - bromeó él - de que no lleve a Luisito.....

—¡Jesús, pero qué ocurrencia! ¿Cómo voy a llevar a ese tipillo a casa de mi tía, cuando élla no lo puede ver ni en caricatura?.....

—Son bromas - repuso él -. Llévelo: el muchacho es bueno e inteligente y se la merece a usted.

—Pero, ¡qué es eso, por Dios, señor Vidal, si no más somos amigos!

—¡Así me las den todas: amigas en esa forma las quisiera yo tener a centeneres!

Teresita Ruiz se puso colorada, legítimamente colorada, sin necesidad de acudir al rojo de bermellón: ella flirteaba con el muchacho, pero entre ellos no había nada de serio todavía.

—Bien-exclamó él cambiando de tono—; ya sabe que tiene el día completamente a su disposición. Me

marcho. Le suplico que cuando termine con esas cartas, me haga el servicio de colocarlas en mi escritorio, en la primera gaveta izquierda.

—Perfectamente doctor.

Vidal dió algunos pasos, abrió uno de los cajones de su elegante mesa de trabajo, sacó un estuche de terciopelo azul y acercándose de nuevo a su secretaria, le dijo al entregárselo:

—Señorita Ruiz, aquí le tenía este modesto presente. Acéptelo con motivo de este, el día más feliz de su preciosa existencia.

Era una sortija con tres brillantes y un rubí: los brillantes caprichosamente montados en forma de triángulo, y el rubí en el centro.....

—¡Ay..... pero qué preciosidad, don Fernando!— exclamó la Ruiz subrayando con un gracioso mohín. Después agregó:

—Gracias por su infinita bondad, pero - bajó la cabeza para decirlo, y puso suave melancolía en sus palabras—, francamente; no merezco ser objeto de tal distinción.

—¡Bah, Teresita: usted es merecedora de todos los tributos de la tierra-, repuso él, estrechó la mano de la joven formulando votos por su ventura personal, y seguidamente se marchó a sus habitaciones, situadas en los altos.....

La mansión de Vidal era la primera que se encontraba al llegar a la amplia y aristocrática Avenida del Malecón, penetrando por la esquina de la Avenida Principal. Era un lindo chalet, coquetón y romántico como un tibio y fragante nido de amor y, a la cabeza de los demás edificios, enormes y majestuosos, él, vestido de blanco, con su jardincito de floridos rosa-

les y su artística fuente por delante, serenamente erigido detrás de la verja amarillo naranjo, era, se podría decir: el bello, el gentil paje, de la señorial Avenida del Malecón.

*
* * *

El mar habíase adormilado contemplando ese crepúsculo abribeño que era como un remanso hecho de ámbar, oro pálido y amatista, y en la playa, colindante con el Malecón, las olas, llenas de una suave melancolía, venían a morir en un sosiego acariciante.

Fernando Vidal sentóse cómodamente ante la ventana de su elegante gabinete de soltero *bon vivant*, de donde se abarcaba el incomparable paisaje marino, y entregóse al mudo deleite de leer por segunda vez una carta de Genoveva, la amiga dulce y *lontana*.... Le escribía de la *Ville Lumière*, y entre otras cosas esto decíale:

“Como ves, te escribo de la ciudad luz, a donde me ha traído papá a pasar la temporada de vacaciones. De París no te puedo decir mucho, porque no lo conozco lo suficiente todavía, pero, no obstante, puedo asegurarte que es una ciudad donde se vive una vida artificial, atrayente, luminosa y perversa.

Por lo demás, los franceses son muy *chic* y muy holgados: regularmente amoldan las circunstancias a su modo de vivir. Pero, cuando se ven un poquitín ahorcados, no vacilan en amoldarse a las circunstancias. Las cosas del amor, por ejemplo, se miran aquí bajo un aspecto ultramoderno. Ríete de Ofelia, de Musetta, Beatriz y Margarita, si no quieres que las buenas francesitas se rían de tí. Esas pobres almas

de amor, son figuras opacas que no entran en los cálculos de las modernas *mademoiselles*. Aquí se entien- de por amor otra cosa mucho más cómoda, donde el corazón juega el triste papel de figura decorativa; pues se habla de él, sin que el pobre se dé cuenta de lo que se le atribuye. Sin embargo, te aseguro que, me encanta esta vida nueva, llena de *sprit*, de encanto, de frivolidad Siglo XX..... a la cual los timoratos y los puritanos dan el título de corrupción. ¿Qué diría Sor Natalia si leyese esta carta? ¡Ay, pobre de mí si cayeran estas líneas en manos de esa, la superiora del colegio donde curso mis estudios semi-monjiles!.....

¡Pero, vamos; perdona mi egoísmo, cambiemos de hoja, hablemos de tí:

Recibí tu último libro, ese que das en titular "Bajo la Zarpa" y que dedicas a la memoria de don Eduardo Carvajal, tu protector y amigo, muerto hace dos años en la capital mexicana, según me comunicas...

¿Es cierto que "Bajo la Zarpa" es la historia de don Eduardo?

Si es cierto, si el pobre pasó por la vida como pasa por las vibrantes páginas de tu novela, hizo un papel poco airoso y agotó el sufrimiento.

Has de saber que, mamá y yo, entristecimos hasta las lágrimas con la lectura de tu libro. Y es que tú, *mi bon ami lointaine*, tienes el raro sortilegio de aprisionar las almas en la red luminosa de las ideas. Eres un selecto, un verdadero orfebre de la prosa. Lo que no encuentro bien es, que te vuelvas tan misogino, que ataques a la mujer en general.

¿Qué culpa tengo yo, por ejemplo, de lo que le ocurrió al bueno de don Eduardo (q. d. D. g.), ni de que la tal Carolina fuese una flor de perversión y de

hálito fatal? En esto eres injusto, mi buen Fernando, y haces mal..... pero muy mal.

No seas egoísta y escíbeme largo, pero muy largo, que tus cartas, son el recuerdo vivo y palpitante de ese pedazo de tierra que me vió nacer."

Fernando Vidal dobló lentamente la carta de su amiga y colocóla en el sobre. Seguidamente, sin procurarlo, en una semi-inconsciencia muy en armonía con la hora filante, se dejó llevar mansamente por el ancho río del recuerdo, para él lleno de recodos sombríos y grandes silencios que eran como interrogantes. Y en esa hora, el pálido fantasma de su adolescencia, desfiló ante su vista con una lentitud abrumadora.....

II

La niñez de Fernando Vidal habíase deslizado en una grave mansedumbre sin mirajes, tras las murallas del *Orfelinato de San Vicente*, a donde cada día primero de mes, ibale a visitar periódicamente doña Rosario de Guerrero, acompañada de su hija Genoveva, una nena de cabellos rubios y ojos de esmeralda.

Cuando el asilado tuvo uso de razón, la bondadosa dama hizo luz en su cerebro acerca de la historia de su vida: informóle que era hijo de Luisa Vidal, la que en vida fué su doncella; una doncella que se hizo estimar francamente, por su carácter jovial, por su rara inteligencia y, más que nada, porque quiso mucho a la nena.

Lo que experimentó en ese tiempo Fernando Vidal con respecto a la alta dama y a su hija, no fué precisamente amor, sino el dulce y compensativo afecto que

siembra en nuestro corazón una circunstancia tan aislada como la de quien, sintiéndose solo en el mundo, sin una madre ni una hermana, ve surgir dos manos que se tienden en el silencio en un gesto de muda consolación

En los días de visita, muchas fueron las buenas señoras que pasaron ante su existencia y al pasar le prodigaron la caricia breve y meditada hija de la piedad. Pero ninguna ocupó su cerebro, con el interés que ocupó doña Rosario, la simpática dama, y Genoveva, la dulce nena de los ojos de esmeralda

Y así se explica que, al marchar éstas, luego de traerle algunos obsequios y de interrogarle por los más mínimos detalles de su vida de asilado, el huérfano quedase por largo rato en el mismo sitio, con la vista y el pensamiento fijos en el pasillo brumoso por donde habían desaparecido la señora elegante y buena, que le besaba al despedirse, y la dulce nena que, al tenderle la mano - una manecita blanca y suave como el plumaje de los cisnes—recomendábale que se portase bien para que nadie tuviese motivos de queja acerca de su conducta.

En una ocasión, la dama vino a visitarle como solía hacerlo siempre, pero vino sin la nena, y Fernando apeñóse profundamente.

Y es que, él no conocía dulzura mayor que la que encerraba la nenita de los cabellos de oro, los ojos de esmeralda, el cuerpecillo de junco y la palidez de virgencita de cera

Y, cuando algunos meses más tarde le informaron que madre e hija habían marchado hacia la península Ibérica, donde permanecerían algunos años, el pobre muchacho entristeció hasta las lágrimas y por vez pri-

mera en su vida, valoró el infortunio de su orfandad solitaria.

*
* *

A los veinte años de edad, traspuso los umbrales del recinto donde había transcurrido su niñez, y comenzó el segundo capítulo de la historia de su vida: tras una semana de deambular incierto, consiguió colocación en el bufete de don Eduardo Carvajal, figura conspicua del foro, quien asignóle un modesto sueldo como escribiente suyo, para lo que hubo de someterse a minucioso examen y conseguir una recomendación, que proporcionóle gustoso el hermano Candelario, Director del Asilo.

Y esa juventud forjada en un ambiente austero, donde la caridad, representada por los buenos hermanos, sabía castigar justicieramente con el noble propósito de preparar hombres capaces de encararse con la vida, evadiendo las asechanzas del Hospital y del Presidio, dióse de lleno a las tareas que asignábale el anciano abogado. Y, poseedor de una voluntad broncínea, de un corazón noble y fuerte, y de un sereno optimismo que reflejábese en sus actos, logró captarse las simpatías de don Eduardo, quien, mal que pese a su endiablado carácter, proveniente sin duda alguna de la enfermedad que padecía (hígado y riñones), complaciase en hacerle oportunas observaciones de carácter jurídico, y en verlo, ya estudiando con calor y entusiasmo la complicada urdimbre de la Justicia, o ya explorando los floridos cármenes emocionales de la literatura.....

Más tarde, Fernando asistía a las clases nocturnas

de la Escuela de Jurisprudencia, pagando con sus escasos ahorros su educación profesional.

*
* *

Cinco años después, al finalizar una comida que con motivo de su primer triunfo jurídico ofrecíale en uno de los mejores hoteles capitalinos el doctor Camilo Damián, abogado cubano especialista en divorcios que eran piedra de escándalo, don Eduardo, que había asistido al agasajo, díjole al ya célebre joven abogado y conocido escritor:

—Como sabes, marchó a México, a la tierra mía, porque quiero cerrar los ojos a la vida viendo flamear la enseña del Aguila de Anáhuac.....

—Yo no soy un apóstata - interrumpióle el joven letrado—, no reniego de mi Patria, pero sería dichoso si pudiese decir que soy hijo de esa tierra combativa y heroica, baluarte indiscutible de la América Española, donde los hombres tienen un eminente concepto del civismo.

—Tú eres poseedor de un gran carácter, y por ello, esa nación que libra continuamente épicas batallas contra los opresores de la América, cautiva tu cerebro y tu corazón—, repuso el anciano pleno de emoción.

—Ud. ponderó demasiado en lo que a mí se refiere, mi querido don Eduardo; yo creo que la admiración que siento por México, la sienten todos los hombres libres de la tierra, y en especial la avanzada juventud de Hispano América, que es la más capacitada hoy día para comprender y asimilar los grandes gestos reivindicadores.

—Escúchame: tu ruidoso éxito de ayer no me cogió

de sorpresa; de un hombre como tú, hecho para recorrer serenamente el pentagrama de la victoria, se puede esperar ésto y mucho más - continuó el anciano con paternal acento.- Ahora bien, al marchar de esta tierra que sé querer con el sincero amor hijo del agradecimiento, lo hago convencido de que dejo un digno sucesor al frente de mi bufete.....

—¡Qué gran bondad la suya, don Eduardo; jamás creí ser digno de tal honor!..... No tengo palabras con qué agradecerle!.....

—La justicia excluye el agradecimiento. Es justicia la que te hago, y por lo tanto, aquí no entra el agradecimiento. Tú, con tu ejemplar amor al trabajo, tu fuerza de voluntad y tus sanos principios, te lo has ganado todo. ¿Conocedor de mi carácter, de mi rectitud, puedes suponer que si hubieses procedido como un granuja o como un pobre hombre, sólo digno de llevar eternamente una albarda, te premiaría de esta manera? Además, bien sabes que el cariño que te profeso, pasa de los linderos del vulgar cariño que inspira un amigo. Tú te has hecho querer fuertemente..... como un hijo.....

El anciano hizo una pausa, limpióse la sudorosa frente y luego, con el rostro iluminado por una sonrisa plácida y serena, continuó:

—Te dejo como dueño y señor del Chalet.....

—Yo no puedo aceptar tal sacrificio; bastante ha hecho por mí.....

—Si no aceptas, desde este instante, nada de común hay entre los dos - afirmó con gravedad el viejo abogado.

—Pero don Eduardo.....

—No hay pero que valga; el chalet es tuyo.....

—Gracias, mi querido don Eduardo - respondió Fernando, abrazándolo sinceramente conmovido.

—¡Nada de gracias!, ¡qué diablos..... ¡Si eres merecedor de todo! ¡Te lo ganas todo!..... ¿Qué no serás capaz de ganarte con tu rara psicología, con tu extraño talento, cuando te has ganado el cariño mío, el cariño de este viejo caprichoso e intransigente, atacado de neurastenia?

—No hable así, mi noble amigo: Usted, lo que tiene es un carácter que no se amolda a hipócritas circunstancias. Créame, yo he admirado siempre su temple y me he esforzado por imitarlo...

—Hijo mío, tus palabras llenan mi corazón - dijo el anciano y le abrazó paternal, mientras la emoción hacía trémulo y ponía lágrimas en sus ojos, en esos ojos hechos turbios, prontos a cerrarse bajo el cierzo de la muerte.....

Tres meses más tarde, don Eduardo Carvajal marchaba con rumbo a su patria, de donde había salido hacía diez años, huyéndole al recuerdo; deseoso de olvidar a una mujer caprichosa y perversa, que había besado para luego traicionarle. Las sombras del rencor y el mismo recuerdo ponzoñoso del pasado, hecho redivivo, impulsáronle a pedir a su protegido que escribiese la historia de sus amores desgraciados y a aconsejarle que si deseaba triunfar en el amor y en la vida, desviara la senda del romanticismo, sólo fecundador de debilidades, de vergonzosas claudicaciones y miserias execrables, y recordase en todos los días de su vida que había labios de mujer que besaban para luego traicionar.....

Marchó el anciano a su país, en donde meses más tarde le sorprendió la muerte. Y desde ese tiempo, la exis-

tencia de Fernando Vidal orientóse definitivamente hacia los nuevos derroteros que habíale marcado su Destino. Temple de acero forjado tras sorda lucha contra las circunstancias azarosas que escuadran a los hijos sin padres, y noblemente estimulado por el anciano jurista, lejos de dormirse en los laureles conquistados en franca lid, sin convencionalismos rastacueros, laboró en el amplio y bello campo de la literatura, que es el campo del arte, y, en el círculo que marca la justicia, que él imaginábase tan limitado como el lazo innoble que estrangula la vida en los patíbulos; en esos, donde la sociedad queriendo castigar el crimen, comete un crimen diez veces más execrable. . .

Y al cabo de dos años, el joven habíase conquistado una envidiable posición en el mundo político y social; figuraba entre lo más conspícuo del foro nacional, siendo su clientela numerosa y distinguida; mientras que, por otro lado, era conceptuado como uno de los más altos exponentes de la literatura Patria.

Sus novelas iniciales, novelas de aristocracia y de perversión, donde campeaba un estilo vigoroso y un modo de hacer sugestivo y emocional, habían causado una verdadera revolución en los círculos artísticos y literarios de la nación.

Los genuinos valores intelectuales que allí había, saludaron la aparición de las obras de Vidal con artículos encomiásticos, llenos de noble sinceridad, de valor y belleza, en los que aseguraban que el joven escritor se revelaba como un maestro del estilo y que estaba llamado a hacerse un nombre continental.

Esto dió margen para que una piara de eunucos del talento, metidos a críticos, secundados por una caterva de oradores de pesebre y nulidades encumbradas por

arte de birlibirloque, se diese a publicar un sinnúmero de artículos rebuznantes, reveladores de una asnalidad asombrosa y de un encono hijo de la impotencia más desconsoladora.

Las críticas ponzoñosas motivaron una polémica de lo más interesante, en la cual los unos atacaban al novelista con el puñal de la calumnia, única arma que tiene a su alcance el cretinismo y la ignorancia, y los

dad y del talento.....

Entre malandrines que buscaban ennoblecerse al

atacar y caballeros que honraban a su adversario al fustigarlo; una lucha en la cual triunfaron al fin los defensores de Vidal, haciendo morder el polvo

legre paso doble torero, dominó la escena plena de sosiego y fué a situarse cerca de la ventana y al lado de Vidal. Era Mendizábal un simpático muchacho de hasta veinticinco años, de mediana estatura, de ojos azules y ensortijados cabellos color de miel.

Había conocido a Vidal tres años atrás, época en que sosteníase una fuerte polémica que giraba alrededor de la personalidad del grande hombre. El había sido uno de los que le defendieron con calor y entusiasmo contra las aspiraciones de anulamiento que ensayaba una partida de mediocres encumbrados a la categoría de ídolos por la inconsciencia reinante en el medio ambiente; *Rastacuers* de la política y de la literatura; ancianos retrógrados y venáticos; tipos que más que por su talento por su audacia habían logrado embobar a las multitudes y forjarse una celebridad; en suma: figuras de Oropel y Terra Cotta.....

—Vengo con las mejores intenciones de hacerme invitar a tu mesa—exclamó Pepe tras el cariñoso saludo de rúbrica.

—Magnífico, ilustre don Pepe, aplaudo tu heroica decisión.

—Tú sabes lo mucho que me gustan los manjares que preparan esos ángeles de Dios que son doña Eusebia y Luisita; y sabes lo mucho que me aburre la comida del *Boarding House*.

—Bueno, hijo - dijo Vidal sonreído-, no hay necesidad de hablar tanto para justificar tu autoinvitación.....

El novelista tocó el timbre, apareciendo minutos más tarde la aludida doña Eusebia, señora gordinflona de avanzada edad, solitaria y apacible, que hacía de ama de llaves en casa del joven letrado. Entre ella,

Luisita su sobrina, y Juan; el criado y chofer-un muchacho lleno de vida y de malicia-, repartíanse cómodamente el servicio de la casa. Querían al joven patrón y disfrutaban de su completa confianza.....

—Doña Eusebia—indicó Fernando cuando apareció ésta-, el amigo Pepe se queda a comer con nosotros. Le advierto que en este momento hablaba maravillas acerca de usted y de Luisa. Hay que atenderlo bien para evitar una rectificación, ¡porque estos periodistas no se andan por las ramas para rectificar!

—Mi señora, no le haga caso: lo que cabe, tratándose de Ud. y Luisita, es una ratificación entusiasta y sincera.

—Gracias, don Pepe; usted sabe que mi mejor deseo es servir a los íntimos amigos de don Fernando—aseguró la buena señora, y se ausentó en seguida, dispuesta a ratificar lo que decía.

¿Carta de Adriana.....? —inquirió Mendizábal al fijarse en la esquila que en las manos su amigo tenía.

—Lo de Adriana es cuestión concluída; esa mujer comenzaba a interesarse mucho por mi vida, buscaba ahondar mi corazón, y no me quedó otro remedio que apartarla de mi camino y borrarla de mi existencia. Tú sabes que esa es mi táctica: todo magnífico mientras no traten de adentrarseme en el corazón.

—No podía ser de otra suerte, querido Fernando, a menos que no quisieras negar tus obras.

—¿De quién es la carta?... ¿De algún cliente?

—No Pepe; esta hora no está hecha para dedicarla a esa clase de lectura, sino para hacer una tregua, un amable paréntesis azul en la ruda lucha por la existencia.

—¡Ah, ya entiendo—exclamó el periodista—: un parén-

tesis que dedicas a la lectura de cartas de mujeres, ¿no es así?

—¡A la lectura de cartas de amigas dilectas, que saben estar por cima de la vulgaridad de una pasioncilla de *midinettes* bien trajeadas, dirás tú!

—¿Te refieres a Genoveva.....?

—Precisamnte.....

—Con razón te encuentro hecho todo un romántico siglo XIX; un amador pretérito encuadrado en un ambiente que excluye hasta el recuerdo de aquella época.

—¿Un romántico? ¡Qué desacierto el tuyo: mal me conoces si me supones capaz de dejarme atacar de esa grave enfermedad que se llama romanticismo! El romanticismo es un obstáculo cuando se cruza en el camino de los hombres de acción; un veneno eficaz cuando entra en la vida del genio; es la enfermedad acobardadora que mata las energías y corta el vuelo de las ideas.....

—No lo tomes en serio; te conozco demasiado, sé que tú no dejas nacer en tu corazón esa adormidera fatal, aliada de la mujer y de la muerte.

—Cambiemos de hoja, hablemos de otra cosa: ¿no ha venido por acá nuestro simpático amigo Oscar?

—No; no ha venido, pero me llamó por teléfono para recordarme la invitación que me hizo.....

—Presumo que no dejarás de asistir a la fiesta que ofrecen los Fuente Clara. Promete ser soberbia.

—No tengo muchas ganas de ir.

—Lamentaría hondamente que así fuese, porque perderías la gran oportunidad de conocer de cerca a la condesa.

—No deseo asistir—aseguró el novelista—precisamente, porque temo recibir un desaire. Me aseguran

que el orgullo de la hermana de nuestro amigo llega a veces a los linderos de la descortesía, y que mira con marcado desprecio a los que no nacieron en cuna de oro.

—No lo creo. Además, tratándose de tí, un íntimo amigo de su hermano, supongo que no podrá menos que recibirte con la gentileza que te mereces. La muchacha es inteligente, no hay duda, lo único que la hace un tanto antipática en su petulancia, que no armoniza en nada con el modo de ser del padre y el hermano.

—He decidido ir—determinó el novelista tras breve meditar.

—Haces muy bien; nos divertiremos en un ambiente de refinamiento, y el buen Oscar no quedará disgustado.

—A propósito: ¿qué hay de cierto acerca de lo que se rumora con insistencia con respecto a Teodora y el Marqués de Peña Blanca? —interrogó Fernando con lentitud, sin interés ninguno.

—Oscar asegura que no hay nada en el particular, que el Marqués ha venido a nuestra América en busca de emociones—repuso Mendizábal y luego de encender un habano, prosiguió:

—Y, Oscar tiene razón. Efectivamente, el marqués ha venido en busca de emociones, pero emociones de otra índole.....

—Entonces—interrumpió Vidal—, viene detras de la hembra, ¿no es así? Recordarás que nos dijo que la había conocido en París hace cosa de diez meses.

—No viene precisamente detras de la real hembra, sino de la fortuna de élla.

—¿Cómo?

—Como lo oyes. El Marqués me dijo anteoche en el *Blue Bird Cabaret*, que Teodora le había asegurado

que la fortuna de su padre pasaba de medio millón de dólares y, que él pensaba unir su nombre con el de ella.

—Veremos la cara que pone el ilustre sinvergüenza cuando sepa que lo del millón tiene mucho de humos de leyenda, y que las propiedades del Conde no están muy saneadas que digamos.

—De veras?—interrogó con sorpresa el periodista.

—Como sabes—indicó Vidal—, tengo a mi cargo los negocios judiciales del anciano conde don Luis de Fuente Clara, y es obvio agregar que estoy debidamente enterado de todos sus asuntos. Tuvo pérdidas considerables con motivo de la pésima cosecha del año próximo pasado y sobre la señorial mansión donde vive, pesa una hipoteca. Esto te lo digo pidiéndote la más absoluta reserva.

—Pero, ¿y la magnífica finca—repuso Pepe sin salir del asombro que producíale la revelación—, dónde la dejas?

—Sí; la finca está libre de todo gravamen, pero como tu comprenderás, la propiedad más valiosa del noble varón es, precisamente, la bella mansión señorial, situada en el corazón de la aristocracia.

—Y las acciones que tiene en la *Gran Compañía Nacional*?

—No alcanzan a valer más de treinta mil dólares.

—Pues chico, por ese camino y con lo que despilfarró en sus desenfundadas orgías nuestro amigo Oscar, el simpático anciano conde va definitivamente hacia la ruina.

—¿Y qué hará el ilustre don Leonidas cuando se entere de la verdadera situación de su presunto suegro?—interrogó el jurisconsulto, con su admirable buen humor de siempre.

—¡Vaya, chico, pues que va a hacer sino buscarse una de esas damitas de descendencia mitad simiesca y mitad ennoblecida, y venderle su título, o lo que es lo mismo: casarse con una hija de prójimo, ansiosa de lucir un título aunque tenga que pagarlo a buen precio!

—¿Y Teodora —interrogó Vidal— deja traslucir algún interés por Peña Blanca?

—Teodora es muy mujer para que caiga tan fácilmente: tú no la conoces; tiene un alma hermética para las cosas del amor. Nadie ha podido abordarla en este sentido, todos los que tratan de hacerlo tropiezan con su altiva indiferencia y se convierten en juguete suyo. Es una mujer que no se presta al análisis.

—Tendré el placer de conocerla esta noche, y ya te diré si se presta al análisis trascendental —respondió con disciplicencia el novelador.

—Ten mucho cuidado, insigne buceador de almas: esa mujer no es lo que tú supones, y bien puede suceder que termines por dejarte vencer mansamente, por caer rendido a sus plantas implorando amor! —advirtió filosóficamente Mendizábal.

El reloj descontó siete horas.

—Mal me conoces si me crees capaz de dejarme uncir al carro de la gentil triunfadora. Eso le sucede a idiotas de la talla de Gómez, Salvador, Martell y Gardúa de la Puerta Pero no a mí—exclamó Vidal riendo sarcásticamente, poniendo así punto final a esa conversación que había girado sin propósito definido, alrededor de la muy bella condesa Teodora Virginia de Fuente Clara y Campos de Alba, noble de España.

IV

Cuando Fernando llegó a la señorial mansión de los Fuentes Clara y Campos de Alba, la velada estaba pronta a tocar a su fin.

De una teatralidad asombrosa, fué el escenario que mostróse a la vista del joven novelador y abogado....

En la sala, artísticamente iluminada, donde lucía su serena pompa un mobiliario Luis XV, había un conjunto de hasta cuarenta personas de lo más granado de la sociedad, que ocupábanse en pasar un rato de refinada expansión, festejando los natales del venerable anciano conde don Luis de Fuente Clara y Campos de Alba.

La orquesta desleía uno de esos vals de Franz Lehár, alados y románticos, que sumen el alma en deliciosos arrobo y hacen que las palabras resbalen en una lentitud acariciadora, plena de exquisita coquetería y, don Luis, el noble varón-alto, espigado, de maneras distinguidas, ojos azul intenso y bien cuidada barba—, al ver llegar al joven letrado, fué a su encuentro, saludólo con franca cordialidad y tras recibir de este una calurosa felicitación con motivo de su fecha onomástica, tomóle por el brazo y atravesó con él el amplio salón, donde las parejas se deslizaban casi ingravidas, llenas de donosura, en una como divina embriaguez, deshojándose al oído las amables mentirillas del *flirt*, que hacíanse musicales y bellas bajo el ambiente tibio y fragante.....

Fueron a situarse en un sofá, al lado de la muy honorable señora de Cavallini: trescientas libras *redondas*, embutidas en un atrabilíario traje de terciopelo color lagarto.

—Me iba usted a contar el motivo de su viaje a

nuestra América.—dijo con voz meliflua la señora de las trescientas, embutidas en el traje de terciopelo.

Habló el Conde: A la muerte de Dolores, su esposa—una dama de la nobleza sevillana—, él, vendió sus posesiones, dejó a Oscar en un colegio madrileño, marchó a la gran Bretaña e internó a Teodora en el *Saint Mary's Hall*, uno de los buenos colegios donde reciben rigurosa educación las nobles del reino. Luego, vino a Suramérica, donde, comprendiendo el sentido de estos pueblos que marchan definitivamente hacia un sonriente porvenir, acostumbrose a mirar sus títulos nobiliarios como algo innecesario para la buena marcha de las cosas, y dedicó sus dineros en los productivos negocios del café, el azúcar y la ganadería. Ahora se consideraba feliz, rodeado de complacencias, al lado de Oscar y Teodora.

El Conde de Fuentes Clara era un hombre honorable a carta cabal y estaba acostumbrado a ver en sus títulos un motivo de distinción y de orgullo, pero un motivo de distinción y de orgullo que, aislado de las prácticas perfectamente honorables, nobles y caballescadas, sólo tenía el valor de los papeles inútiles o de los documentos rectificadas, llenos de tachas y manchones.

El tenía la certeza de que el título no hace el hombre, sino el hombre al título. Que no se necesita tener un pergamino apolillado y amarillo y un escudo enmohecido para ser noble, pero sí se requiere ser noble para poder llevar tal título con justeza. Comprendía que hay títulos ennoblecidos por un nombre, y nombres ennoblecidos por un título y por ello se esforzaba siem-

pre en ser digno del título que habíanle legado sus ilustres antepasados.

Todas estas cosas sabíaselas de memoria el joven abogado y novelista: Oscar se las había contado con todos sus detalles, y el mismo conde habíaaselas repetido cuando se personó en su despacho, para encomendarle sus asuntos judiciales.

—¡Qué lástima, mi querido Conde. ! Pero, qué lástima que usted no saque a relucir sus títulos a cada instante—comentó la del traje color lagarto moviendo la cabeza.

—Mi señora, en estos países democráticos, los títulos nobiliarios son mirados como planta exótica. Según el parecer de los americanos, los Príncipes, Duques, marqueses, condes, barones etc., sólo caben hoy día en la opereta, cuando no en la zarzuela o en las astracanas de un Muñoz Seca.

—Eso es para los plebeyos, para los mal nacidos; pero para la aristocracia americana, no, señor conde—arguyó la anciana con prosopopeya, mirando significativamente a Vidal.

—Doña Luisa—exclamó éste—excuse que le advierta que en la América no se definen las castas de la manera que usted supone.

—Efectivamente—agregó el conde—; en la América hay solamente burgueses ricos y burgueses pobres; clase media y clase elevada. La nobleza se valoriza por los actos y no por los títulos.

—¡Es usted un hombre de ideas avanzadas, mi distinguido don Luis y un noble varón en toda la acepción de la palabra y, aunque vivimos en un país eminentemente democrático, puede hacer justa gala de sus títulos.

Doña Luisa se puso de pie y marchóse hondamente disgustada con Vidal: élla no podía permitir que un plebeyo, un mal nacido, se mezclara en su conversación.

—¡Pobre señora—lamentó compasivamente don Luis—; supone que, porque se ha casado con Cavallini, el emigrante napolitano enriquecido en negocios sucios, ha conquistado un título!.....

Pauline Clark, la bella norteamericana, pasó en brazos de Raúl Salvador—un parásito social semi-idiota y banal—y al pasar hízole un guiño de ojos al novelista. Este comprendió lo que se le quería decir, pidió permiso al conde, púsose de pie y esperó, dispuesto a quitarle la pareja al pésimo valsador. No tuvo necesidad de hacerlo: cuando la pareja estuvo cerca de él, la norteamericana se desprendió de los brazos de su verdugo:

—Tengo algo importante que hablar con usted—díjole al abogado.

Raulito se quedó como anonadado, maldiciendo su mala estrella. Fernando y Polly se alejaron valsando.

—¡Es Ud. terrible Mrs. Clark. ¿Cómo se las arregló para dejarlo?

—¡Oh, muy fácil; le dije que tenía que tratar con usted un asunto urgente; que cuando estuviésemos cerca, me dejara libre,

—Y, ¿qué tal ha pasado Pauline?

—No muy bien: ese hombre no sabe bailar y me estropeaba los pies de una manera bárbara.

—Es usted verdaderamente espiritual. Yo no me explico cómo hay idiotas que dicen que las norteamericanas son mujeres sin alma. Usted, por ejemplo, es un encanto de criatura.

—A usted le gusta mucho decir mentiras bonitas...—
respondió élla con marcada coquetería.

Luego, continuaron bailando..... y, flirteando.

Vidal habíase relacionado intimamente con la encantadora rubia del norte, con motivo del divorcio de ésta.

El había sido su abogado y al ganar la causa en condiciones tan especiales que todos suponíanla perdida, cautivó la admiración y el aprecio de la bella mujer. Pauline, aparte de ser joven y bella, tenía el distintivo que dáale su magnífica educación, su refinada cultura. Hablaba perfectamente el castellano y gustaba leer las mejores obras literarias.

*

* *

El vals tocó a su fin.

—No olvide que la otra pieza es nuestra—advirtió la Clark desprendiéndose de los brazos de Fernando, para alejarse llena de donaire.

Oscar vino en busca de su amigo. El condecito de Fuente Clara era un joven de agradable presencia, de negros cabellos y ojos claros (ojos donde las drogas heroicas comenzaban a poner su extraño brillo de fósforo). No había llegado a los veintiún años y sin embargo tenía fama de conocer perfectamente todas las marcas de vinos y licores europeos y americanos. Para él—sibarita a carta cabal, optimista como pocos—la vida condensábase en estas palabras: orgías, *cabarets* y mujeres fáciles..... hetairas..... Y, a ello debíase, sin duda alguna, que a tan corta edad la ponzoña de la sífilis mináse su existencia.

—¡Qué bien quedaste; por poco no vienes!—reprochó

Oscar al abrazar cordialmente al joven letrado, a quien admiraba y tenía como su más leal amigo.

—¡Francamente—aseguró éste—: no iba a venir...

—Te ví valsando con Polly Clark: es graciosísima, ¿verdad?

—Encantadora!.....

—Tiene unos ojos de turquesa que dan el ópio, y una boquirrita tan linda que no me cansaría de besársela. Se ve que le agrada tu compañía.... Que no pone reparo en flirtear contigo. Me enteré de la maniora: plantó al pobre Raulito en medio salón, para echarse en tus brazos.....

—Para bailar conmigo, dirás.

—Es lo mismo: el baile no es otra cosa que un abrazo, que tiene el mérito real de ser dado a la vista de todos.

—Has hecho un descubrimiento despampanante... mi querido.

Cruzaron el salón. A su paso, se les unieron Pepe Mendizábal y el marqués Leonidas de Peña Blanca....

Era el marqués de Peña Blanca un hombre admirable. Alto, de elegante perfil, de aire alegre y despreocupado, de ojos azules y bigotitos cuidadosamente cortados en forma de cepillo; de labios de sensual, de maneras aristocráticas y atildada indumentaria.....

Entre las *virtudes* de que hacia gala el ilustre español, destacábase en primer lugar la *amable virtud* de ser un cínico insuperable, con todo y que no tenía ni un pelo de filósofo. Esto, aparte de que había experimentado todas las delicias de los paraísos artificiales; es decir: de que para él no tenía secretos la morfina, el ópio, la cocaína ni el éter. En cuanto a juegos de azar, el marqués era un maestro consumado, rectificando así aquel dicho de que "afortunado en el juego, desgracia-

do en el amor”, pues en cuestiones de conquista no había quien lo superase.

Peña Blanca aseguraba con su habitual frescura que la vida había que vivirla intensamente y no soñarla... Y, la vivía a su modo, sableando diestramente a sus compatriotas y amigos, a quienes aseguraba que cuando vendiese sus castillos (castillos que sólo existían en su mente), pagaría con creces.....

Los cuatro jóvenes continuaron avanzando muy pausadamente, deteniéndose a cada paso.....

—¡Vaya—exclamó el Marqués echándole un brazo por la espalda a Vidal—, nos había olvidado usted, amigo mío!

—Tuve que despachar algo importante antes de venir, mi querido don Leonidas.

—Después de la fiesta—acució el marqués—corremos una modesta juerga. Con damas no se puede ir muy lejos; hay que limitar el armamento y volverse todo cumplidos. Iremos al célebre *Blue Bird Cabaret*, a vivir una hora de vida artificial.....

Asintieron complacidos Fuente Clara y Mendizábal. Se excusó Vidal: él tenía una cita inaplazable con una cliente.

Sonrió el marqués guiñando el ojo a sus amigos:

—Usted es genial, amigo Fernando—díjole al aludido—; ¡porque eso de llamarle “una cliente” a la bella amante que tiene en la Avenida del Parque Central, no se le ocurriría a nadie.

—¿Te refieres a Adrianita, la bella esposa de Ruiz?—inquirió Oscar.

—A callar, bárbaros—denegó Vidal—; están calumniando a una virtuosa dama, víctima del brutal abandono de su marido.

—¡Pobre Ruiz, después de adornarle la honorable frente con sendos pitones..... se le insulta—comentó cómicamente conmisericordioso, poniendo los ojos en blanco, el guasón de Peña Blanca.

—Estimado, le ruego que sea más comedido en sus apreciaciones—dijo el abogado—: las relaciones mías con la señora Ruiz no pasan de ser las del cliente y el abogado..

Rieron descaradamente Leonidas, Oscar y Mendizábal.

—¡Aprieta, otra te pego!—exclamó el marqués cínico y mundano—, ¡qué clase de *cliente* y qué clase de abogado, que se citan de la una de la mañana en adelante, para filosofar.....sobre el adulterio y el abandono.....

—Señores—clamó Fernando un tanto disgustado—; no permito que continuen prejuzgando tan atrevidamente.

—¡Silencio; no sean imprudentes!—impuso Mendizábal al darse cuenta de que los podían oír en tan salados comentarios.

—Tú no conoces a mi hermana, ¿verdad?—interrogó Oscar a Vidal, cambiando así el giro de la conversación.

—De vista solamente. Recuerda que no me la has presentado.

Te la presentaré enseguida: ... ¡vamos!—dijo, y comenzaron a andar hacia el fondo del fastuoso salón, donde, cerca de un gran tabor de Oriente ornado de flores, y, bajo luces discretas, románticamente surgidoras, un conjunto de mujeres núbiles y bellas relucientes en maravillosas *toilettes*, y de caballeros irremprochablemente trajeados, con verdadero *spirit* mun-

dano hacía amable la hora, que se frivolizaba como una copa de rubio champagne.....

Y, de entre las damas que allí había—como una flor magnífica de serena belleza turbadora—: ¡alta, juncal, de formas euritmicas, modelada en un traje de seda crema con lises de oro pálido (traje recién salido de la casa de Worth, el gran modisto parisiense), con su suprema distinción señorial, pregonadora de noble estirpe, destacábase la Condesa Teodora Virginia de Fuente Clara y Campos de Alba, noble de España.

Era una mujer de hasta veinticinco años, de carácter enérgico y pasiones reconcentradas; una extraña criatura nacida para dominar y, ante el prestigio luminoso, pérfidamente atrayente de su belleza hierática, veíase rodeada de la admiración de hombres y mujeres, admiración que hacía..... un como halo triunfal y pagano.

Vidal, Fuente Clara, Mendizábal y Peña Blanca, acercáronse al armónico grupo. El joven letrado saludó sonriente a las personas que allí había, entre las que contaba con buen número de simpatizadores, con todo y que en sus novelas, todas ellas de un fondo pasional y humano, criticaba los errores, las miserias y las vesanias de la *élite* social.

Oscar hizo la presentación. Tras una ligera genuflexión ante su hermana, díjola:

—Te presento a Fernando Vidal, el notable escritor, volviése complacido—: Fernando, aquí tienes a mi hermana.

—A los pies de Ud. señorita—correspondió el joven literato y le alargó la mano a la dama. Por lo fría y por lo blanca, de nieve antojósele la enjoyada mano que se abandonó a su diestra y que él besó caballeresco.

Irguió la altiva cabeza de negra melena emuladora de la noche; los pendientes de brillante mostráronse en vórtice de luz y, bajo el arco de su frente alabastrina ornada con una diadema de frágil pedrería, rieron con benevolencia los negros ojos—ojos de sol y de noche, de vértigo y de abismo—, bordeados por sedosas y doradas pestañas, y sombreados por unas ojeras de un azul transparente. . . . Después, se entreabieron los labios—corales milagrosamente nacidos en la nieve— dejando ver, como un joyel de perlas, los dientes blanquísimos y fuertes, y la boquita adorable y perversa floreció en una sonrisa indulgente, para dar paso a la divina voz de plata:

—Celebro infinito el conocerle, señor Vidal. Oscar es muy despreocupado; hace tiempo le había dicho que le trajese por acá, y hasta ahora no lo hace.

—Gracias por su interés, señorita Fuente Clara; pero ya sabemos a qué atenernos cuando está de por medio el gran Oscar, indiscutible pontífice de los despreocupados, por no decir de los frescos.

—No deja de ser interesante conocer a un hombre que, como usted, se sale del marco de la vulgaridad: a un hombre que tiene ideas personalísimas acerca de la vida, y las dá a conocer ampliamente por medio de la novela—agregó ella distraidamente, mirándole a los ojos, con mirada burlona.

“Conoce mis obras—se dijo Fernando—y parece indicado que se me muestra un tanto hostil dentro de su aparente indiferencia de Diosa”.

· Veíanse erguidos, frente a frente.

· Eran dos fuerzas encontradas; dos fuentes de simpatía; dos seres polarmente opuestos. y polarmente atrayentes. El, atraía por el prestigio bien ci-

mentado de su personalidad literaria perfectamente definida; por sus novelas, exponentes de una vigorosa mentalidad, novelas en las cuales campeaba un estilo personalísimo, florido y ágil, lleno de audaces figuras que simulaban magistrales parábolas. Estilo temido en el campo de la polémica, porque en él florecían pomposas y crueles las rojas flores del sarcasmo y vibraba estigmatizante el anatema cáustico; estilo amado hasta por sus adversarios—aunque así no lo confesasen—porque cuando exploraba los cármenes, ya melancólicos o ya rientes del amor, era: trémolo de arpa escuchado bajo la diáfana tristeza de una hora crepuscular, o bien florigelio de Abril, murmurado al oído en una noche en que la Luna, la anciana romántica de rostro aplastado, pasea su luminoso somnambulismo, por un cielo que es campo de azur, florecido de estrellas.

Y ella, la extraña criatura, atraía por su prestancia de rica hembra; por su belleza hierática, hecha para sembrar inquietudes en las almas, quimeras en los cerebros y tristezas en los corazones.

Atraía por sus títulos nobiliarios y por su rara psicología. Es decir: por la austeridad de su alma, cerrada a toda exploración y, por su orgullo supremo, representativo del orgullo de una estirpe.

Su atracción era hecha de un sortilegio maligno y luminoso: esa mujer tenía para las almas el raro privilegio de atracción, que tiene la luz para las inocentes mariposas que, con una inconsciencia fatal, se incendian, se abrasan en la llama.....

Por ésto, y porque la condesa había demostrado momentos antes alguna hostilidad con respecto al novelista, la atención de todos concentróse en el caballero y la dama, en espera de algo trascendental.....

Y, el choque de esas dos fuerzas vivas encontradas..... ocurrió:

—En este preciso instante hacíamos girar la conversación alrededor de su personalidad, señor Vidal, —aseguró ella.

—No creía merecer la atención de tan distinguidas personas, señorita Fuente Clara—respondió él.

Teodora, celosa de sus títulos nobiliarios, que sacaba a relucir con cualquier fútil pretexto, desagradóse intensamente al sentirse llamada 'señorita Fuente Clara' a secas, y, conociendo a través de sus obras el temple del novelista y sus principios, eminentemente democráticos dentro del orden de las ideas, no pudo menos de suponer que aquello de anularle el título, lo había hecho el viril escritor con el deliberado propósito de disgustarla:

—Entre los presentes cuenta Ud. con un buen número de admiradores—dijo élla con displicencia.

Agradeció él, asegurando que era bondad grande la que le dispensaban, y Teodora aprovechó la oportunidad para ensayar una ironía:

—Supongo, señor Vidal, que no se le ocurrirá contarme entre los *bondadosos* que lo admiran.....

—Ni a mi tampoco, señor Fernando —afirmó con prosopopeya Ramoncito Martell, uno de los muchos admiradores de la condesa. Era el tal un barbilindo, amalgama de tenorio de manufactura barata, de parásito social y de semi-imbécil dado a decir estupideces en verso a todo vicho viviente que nacía, festejaba sus natales, se echaba la sogá al cuello (es decir, se unía en matrimonio), o se despedía para el otro barrio.

—Ni a este servidor de usted, señor Vidal—agregó con suficiencia don Macabeo Gardúa de la Puerta, ad-

mirador fervoroso de Teodora, tipo que se gastaba un rostro de Viernes Santo, de una comicidad estrepitosamente payasesca; advenedizo de las letras, especie de polilla bibliográfica que, no pudiendo hacer nada honorable y teniendo todo lo que de idiota se necesita para ser crítico empírico, se ocupaba en criticar lo que no estaba a al alcance de su talento pigmeo. Era el tal un hombre alto, espigado; una mole de hombre con cerebro de enano.....

—Señorita Fuente Clara—replicó Vidal sin inmuntarse—, no tengo la pretensión de suponer que usted pueda contarse entre mis admiradoras. Sé que un hombre como yo, no puede despertar interés ninguno en una dama tan noble, bella y talentosa como usted.

Se sintió intensamente mortificada al comprender el sarcasmo que encerraban esas palabras dichas con aparente calma e inocencia, y quiso responder, pero Vidal no le dió tiempo:

—Pero, usted y yo nos conocíamos de vista, ¿no es así señorita Fuente Clara?—díjola cambiando de tono, con acento cordial.

—Sí—respondió ella, complacida al pensar que se le presentaba una magnífica oportunidad para vengarse del novelista, poniéndolo en ridículo—: usted recordará: fué hace tres meses aproximadamente cuando nos vimos por vez primera; yo iba con Polly Clark hacia la estación, y usted me siguió tenoriesco.....

—¡Señorita.....!

—Sí; tenga el valor de sus actos, no lo niegue: me siguió tenoriesco, pero ridículamente tenoriesco..... Recuerdo que lo tomé por un colegial novato metido a tenorio—concluyó élla y soltó a reír con una risa cascabelera, despectiva e insultante.

Le mordieron el corazón las palabras y la risa de la orgullosa dama, y fué cruel para castigar su insolente agresividad, inexplicable a la luz de las circunstancias:

—Lo lamento, señorita Fuente Clara, pero con toda sinceridad le aseguro que sufre una equivocación. . . . Yo, no la seguía a usted, seguía a otra—repuso con estudiada indiferencia y subrayó las palabras con una sonrisa, fría y desconcertante como el filo de una daga de acero.

Herida en su orgullo de Dios Indio, se mordió los labios para reprimir la rabia. Estaba muy lejos de suponer que saldría tan poco airosa; suponía que el amigo de su hermano correspondería a lo que ella daba en llamar gesto de altivez, deshojándole genuflexivo y galante las rojas flores de la admiración.

Los circunstantes se miraron significativamente; lo notó ella, y esto exacerbó su despecho. Polly Clark remachó el clavo:

—¡Ah, ya recuerdo —dijo—; Fernando me seguía a mí en esa ocasión.

—Precisamente—ratificó él.

—Nosotros—agregó la norteamericana—, jugamos un *flirt* muy *modern style*, nada peligroso, ¿no es así Fernando?

—¡Oh, Polly, usted es escantadoramente frívola—aseguró él satisfecho.

Esta vez la vanidosa Teodora supo ocultar su despecho en una sonrisa artificial:

—Me equivoqué en aquello de que me seguía a mí, pero no al asegurar que ese día estaba usted ridículamente tenoriesco, lo que atribuyo, indudablemente, a los efectos del clima, a estos calores veraniegos, verdaderamente sofocantes.

—Creo—bromeó él—que esto no será motivo para que nuestra amistad sufra menoscabo, señorita Teodora.

—¡Qué ocurrencia, señor Vidal!, lo pasado no tiene importancia alguna para mí.

—Para mí tampoco, señorita—concluyó él.

La orquesta atacó un alegre y movido fox-trot; Vidal pidió permiso ceremoniosamente caballeresco, y alejóse con la Clark marcando diestramente los difíciles pasos del fox.

—Ahí tienes a un hombre difícil de vencer en el terreno del amor, mi querida—aseguró maligna Julianita Cabezas, la muy temida por sus chismes, la que no se andaba por las ramas para tomarle el pelo al más reputado calvo.

—Te engañas, Julianita—exclamó la condesa con frialdad austera—, Vidal es tan susceptible y majadero como el que más: no tardaré en demostrártelo muy pronto, con pruebas fehacientes.

—¡Cuidado!—advirtió sentenciosamente Panchita Alomar—: ese hombre tiene fama de seductor. Se asegura que ninguna mujer ha logrado tocarle el corazón con la flecha de Eros. Ha librado las lides del amor, saliendo siempre victorioso.

—Vidal—agregó Elena Martínez—tiene una voluntad bronceada y es verdaderamente peligroso en el plano del amor.

—Les aseguro que tienen a ese hombre en un errado concepto, y repito que, dentro de poco se los demostraré ampliamente! ¡Tendría gracia que así no sucediese!—complementó sonriendo nerviosa, sarcásticamente, moridiendo las palabras, la muy bella Teodora.

Se disolvió el grupo. Era la última pieza, y había que aprovecharla.

—Bailamos?—inquirió Peña Blanca haciendo una reverencia de corte romántico ante la gentil sevillana.

—No—respondió ella amablemente—Le voy a rogar un servicio de amigo, que estoy seguro no me negará.....

—Será un gran placer para mi el poderle ser útil en algo.

Teodora le habló al oído.....

—Perfectamente, la broma me agrada, veremos qué cara pone el ilustre novelista; esté alerta: allí vienen—respondió el marqués de Peña Blanca, y al acercarse el literato con su pareja, tras pedirle permiso le despojó de ésta y siguió bailando con ella muy sonreído.

Confusión momentánea para el joven letrado; no comprendió..... y apenóse.

Se acercó rítmica, con pasos quedos, como un felino que otea su presa y clamó con voz que tenía inflexiones de mimo:

—¿Lo dejaron a merced de la soledad? Vaya, ¿pero, cómo se dejó quitar la pareja con humildad ovejuna?

Volvió el rostro: era ella, Teodora la inabordable... y vanidosa

—¡Se diría que nos hemos citado!.....—dijo él cuando logró salir del ligero azoramiento.

—Para bailar esta pieza.... ¿Le agrada la idea?

—Por qué no?.....! Encantadísimo señorita!

Teodora, herida en su orgullo ciego, se había jurado interiormente, por el buen nombre de los Fuente Clara y Campos de Alba, dar una severa lección, al según e-

lla, muy descortés amigo de su hermano; al plebeyo aristocratizado que habíala insultado.

Comenzaron a bailar y no vaciló en mostrarse coqueta, con una coquetería llena de suprema distinción señorial. El fin justificaría los medios: lo esencial era que ni sus amigas, ni el muy antipático del escritor, se rieran de ella.....

Se dejó embobar Fernando. Ahora, sentíase otro con ella entre los brazos; con ella que le incensaba con su aliento tibio y perfumado y le acercaba el rostro hasta el extremo de producirle turbación; con la divina mujer vuelta toda tiernos suspiros, miradas envolventes y breves opresiones sugeridoras. Se dejó embobar lindamente creyéndola sinceramente inspirada; sin comprender que esa mujer lo que hacía era barajar pérfidamente los pensamientos, las palabras y los gestos, con refinado talento, con extremada sagacidad de felino en acechanza.....

Y, que esas sonrisas plácidas, esos entrecortados suspiros y esa cándida y atrayente voluptuosidad, se nutrían del más sordo de todos los despechos, bajo la sombra del rencor, aun más fatal..... que la sombra del propio manzanillo.....

V

Acodado en el antepecho de la ventana de su habitación y con los ojos fijos en el armonioso y límpido paisaje que ofrecíase ampliamente desde el Malecón, en esa fresca y soleada mañana de verano, en que la brisa tenía emanaciones suavemente voluptuosas, Fernando Vidal aspiraba en el recuerdo el perfume capricho-

so y turbador que emanaba de las manos y del cuerpo de Teodora Virginia de Fuente Clara y Campos de Alba, la mujer de belleza eclipsante que comenzaba a infundirle el interés y la emoción, y así se decía:

¡“Tendría gracia que esa mujer se me metiese en el cerebro o en el corazón!, pero lo cierto es que, la hermana de mi querido Oscar, resulta un magnífico modelo de feminidad, digno de figurar en una novela. Eso, ni más ni menos, parece ser: un tipo de novela, pero de novela conandoylesca, encuadrada en el marco del enigma.....”

Con pasos cortos, distraidamente, dirigióse hacia el diván, muelle y blando como un nido, y continuó su soliloquio:

“Anoche se mostró inabordable, anímicamente hablando. En medio de su frivolidad muy recatada, muy *chic*, es decir, muy suya, no pude ni remotamente adivinarla. Es una mujer de una psicología complicada y atrayente, que rehuye de manera pertinaz el análisis trascendental.

Con todo y estas circunstancias, puedo asegurar que es sublime y perversa, deliciosa y fatal como el perfume de ciertas flores venenosas; y que está poseida de un inmenso orgullo de Dios Indio, que la hace mirar con supremo desprecio, con frialdad desconcertante, las cosas que la rodean.....

Nacida en Sevilla y educada en Inglaterra, se diría que lleva en sus ojos las plácidas noches de Luna de Sevilla, y que sus labios tienen la cándida alegría roja y perfumada de los claveles de los románticos jardines señoriales de esa tierra de leyendas donjuanescas; mientras que, dentro, lleva indócil el alma hermética y glacial de una inglesa: alma inmutable como el Táme-

sis. Sí, esa es la perfecta definición de esa mujer: Sevilla la risueña, luminosa y perfumada, en los ojos y en los labios, y Londres el brumoso y gélido, en el alma y el corazón. Total: una estatua de carne muy bella y muy glacial.....”

La mañana plácida le invitaba a continuar deambulando por ese berengenal de ideas, de deducciones... y negaciones de carácter psicológico con ribetes de filosofía orientalista, pero el imponderable Oscar al trasponer el umbral de la puerta lo hizo echar pie atrás. El tal traía una cara queregonaba a gritos una goma estúpida y..... estúpida.

—Ola!, ¿tú por aquí? ¿Cómo se explica que hayas madrugado tanto?

—He madrugado, sí, pero no para levantarme sino para acostarme—repuso el conde en tanto que se despojaba del sombrero y la americana para tirarlos sobre una silla.

—¡Cualquiera te entiende esa barbaridad!.....

—Es verdad: no dá lo mismo decir: “madrugué para acostarme”, que: “me acosté en la madrugada”. ¿Cómo se dice al fin, mi querido Fernando?.....

Rió Vidal en el rostro del gomoso:

—Eres incorregible—díjole—; ¿pero, cómo te las entiendes para que tu familia no se entere de tus calaveradas?

—Mi papá no se entera..... Mi hermana, sí. Tiene que ser, necesariamente: mi dormitorio queda inmediato al suyo.

Se desvistió Fuente Clara y tiróse campantemente en el lecho de su amigo.

—Hoy amanecí de mala ley..... ¡si vieras...
—comentó el conde.

—Cómo así?— interrogó Vidal con indiferencia mientras comenzaba a hacerse la barba.

—Verás: llegué a casa a las seis de la mañana aproximadamente; me refugié castamente en mi lecho; no había dormido una hora, cuando la graciosa de mi hermana me despertó para darme una lata de quince minutos.....

Pretendía que la acompañase de paseo a las ruinas de la *ciudad muerta*, ruinas que no conoce todavía, con todo y que lleva seis meses de permanencia en el país.

—Y tú no la complaciste? ¡Qué malo eres!.....! No te suponía así!

—Comprenderás que, con esta cara de velorio chino que me gasto ahora, no estoy para complacer caprichos de nadie.

—Y, cómo hiciste para desertar?

—Pues sencillamente: diciéndola q' venía a buscarla para que la acompañases.....

—¡Quién!..... ¿Yo?—exclamó el novelista francamente sorprendido, abandonando la *Guillette* y encarándose con su amigo.

—Sí..... tú, como lo oyes, hijo. Como no quiso que llamara al Marqués para que le sirviera de compañero—cosa que no podía suceder porque el Marqués está durmiendo *la mona* en casa de la cabaretista norteamericana de los ojos de almendra-, la dije que tú eras conocedor de esos sitios y que dada nuestra amistad, no veía el motivo por el cual se negase a llevarte como Cicerone.....

—Y, que dijo?

—Se opuso, asegurando que no era correcto salir con un hombre a quien acababa de conocer. Y además, que tú tenías fama de Don Juan de pacotilla.

—Y qué.....?

—Se marchó calumniándome..... Asegurando con la mayor naturalidad del mundo, que yo era un borracho indecente y un estúpido a carta cabal. Pensábame libre de nuevos engorros de parte de élla, cuando la muy tal volvió para decirme q' podía rogarte q' la acompañases, q' de toda suerte yo era un tipo insubstancial, sin mayor talento que un pollo—a menos que no fuera para ingerir aguardiente y drogas heroicas—y que tú le prestarías mejor servicio como Cicerone; que serías más divertido. Me dijo otras cosas q' guardé en la cabeza para contártelas; pero ahora q' voy a buscarlas, veo que se han ido al Diablo. Parece que se ahogaron.

—Sí, bohemio incorregible—bromeó Fernando—; las dejaste ahogar por los vapores del champán.

—¡Que no fué champán, querido! Anoche nos sostuvimos con puro Whiskey escocés. Entre el Marqués, Mendizábal, la estadounidense y yo, consumimos tres botellas. Por supuesto, como comprenderás, yo batí el *record*: me los gané a todos.

—Bueno—interrogó Fernando que se había quedado repentinamente pensativo—, supongo que tu hermana no me habrá dado el título de majadero, ¿no es así?....

—No tanto, no tanto..... Pero, ¡vamos! déjame dormir en paz—concluyó Oscar y rebulló en la cama, dándole las espaldas a su amigo.

Volvió Fernando ante el espejo y luego, cuando terminó de afeitarse, sentóse al lado de Fuente Clara:

—Oye, Oscar—le dijo—: ¿y tú no crees que resulta humillante que acompañe a tu hermana en tales circunstancias?

—¡Voto a tal: al diablo tú y mi hermana con sus ca-

prichos! ¡Qué va a ser humillante! Ríete de esas cosas: las mujeres son así. . . . y eso que no las conozco.

—Mal rayo te parta: tenías que soltar alguna gansada. Dices que son así, y luego aseguras que no las conoces.

—Por las barbas de mi bisabuelo y la serenidad del gran Confucio; me dejas dormir o te echo con todo y bata de casa—gruñó malhumorado Fuente Clara.

—No profanes la memoria de tu bisabuelo.

—Has visto su retrato?

—Sí.

—¿Verdad que el tal don Felipe tenía cara de aventurero?

A mí no me hace tragar mi papá la píldora de que el viejo era un virtuoso y noble varón, así me muestre la sagrada escritura de puño y letra del mismísimo Moisés.

—No desbarres, Oscar. Cállate mejor.

—Chico, si es verdad: ese hombre tenía rostro patibulario. Para mí que el tal fué un pirata—barbotó el condecito, y soltó los trapos a reír con una risa artificial, completamente gomosa.

—Bueno—continuó luego—, en cuanto a mi bisabuela, esa no se las traía todas consigo: tenía una cara de bruja, q' cuando yo era pequeño, me causaba miedo verla. En retrato, se entiende, porque, no tuve la mala suerte de conocerla personalmente. A Teodora le ocurre lo contrario que a mí: ésa delira con los bisabuelos de marras, con los abuelos. con los papeles apolillados y el escudo enmohecido que nos legaron. Maldita la gracia que le harán esos títulos nobiliarios cuando mi papá no tenga como pagarle sus caprichos.

—Oscar—exclamó Fernando después de un largo silencio aprovechado por su amigo para arrebuajarse y comenzar a llamar el sueño.

—¡Qué pasa en el país!—refunfuñó de mal talante el aludido.

—Estaba pensando que tu hermana es una mujer de rara psicología.....

—Está bien, ¿y a mí qué?

—No piensas tú lo mismo?

—Te aseguro que, anímicamente hablando, no la conozco. Tal es así, que si ofrecen un premio de mil libras esterlinas al que se precie de conocer su alma, no seré yo, por cierto, quién honradamente se gane tal premio. ¡Diablos, cualquiera la entiende!

—Es bella, excepcionalmente bella, ¿verdad?

—¿Y yo que te voy a decir? ¡Supongo que no crearás que me voy a enamorar de mi hermana!

—Que seas su hermano no evita que reconozcas que es una mujer de belleza absorbente.

—¡Cuidado, amigo mío, mucho cuidado con dejarte embobar; ponte en guardia contra mi hermana—advirtió Oscar tomando un aire de seriedad que resultaba hilarante, y continuó luego de dar media docena de bostezos:

—Te aseguro, que es fatal en el amor. Dos majaderos se suicidaron por causa de élla.....

—Bueno, pero yo no soy un majadero, ni mucho menos.

—Pero, lo serás si te descuidas: todo enamorado, según mi modesta opinión, basada en profundos estudios, es un majadero; un, insigne majadero, capaz de cometer las más absurdas necedades, entre las cuales encuéntrase el suicidio moral, y el material.

—¿Y qué llamas tú suicidio moral, ilustre científico dado a teorizar sobre el amor?

—¡Vaya, hijo, el matrimonio, ¿no lo sabías acaso? Pues sí, el matrimonio es un suicidio moral. ¡ni *má ni meno!*, y que me prueben lo contrario.

Todo esto lo decía Oscar con el rostro vuelto hacia la pared, sin mirar, desde luego, a su amigo y así, cuando lo hizo, sorprendióse al ver a éste en apacible pose.

—¡Voto al Diablo!. ¿Y, qué haces ahí con esa cara de idiota?

—Pasar el rato, y pensar en tu hermana. ¿Qué más puede hacerse en una hora como ésta?

—¡Bueno, grandísimo pazguato—exclamó Oscar cómicamente—, ¿pero has creído que eso de acompañar a Teodora de paseo es para el otro Jueves? Ya te sobraría tiempo para pensar en ella!, pero ahora vete a vestir para que te marches, dejándome en paz.

Rió Fernando de buena gana. Hízole gracia ver el rostro de niño grande de su amigo y oírle hablar tan descaradamente.

Vidal le dió las espaldas al charlatán, y asomóse a la ventana, que daba al patio de la casa, para de allí ordenar a Juan, su criado, que le preparáse el *Packard Roadster*.

Encaminóse luego al ropero y un cuarto de hora más tarde, vestido con la elegancia que puede caber en un terno de gabardina color claro, cuando está bien entallado y lo lleva una persona de buen gusto, salía nuestro joven protagonista, dispuesto a complacer a *la complicada*, como él daba en llamar a la hermana de su amigo, el condesito de Fuente Clara.

VI

Por las amplias carreteras, el *Packard Roadster* marchaba a gran velocidad, guiado por Teodora, quien aseguraba que élla manejaba como pocas mujeres. Cierto. La condesa guiaba con gran serenidad y maestría y gustaba de impedir al carro velocidades extremas, que disminuía, bien ante la advertencia de una curva peligrosa, de un encuentro desagradable con la policía de tráfico, o ya para admirar con detenimiento los mirajes encantadores que se ofrecían a lo largo del camino lleno de inefable calma, sólo interrumpida de rato en rato por el ruido de un auto, por el paso tardo de una carreta cargada de legumbres o por la loca algarabía de los pájaros, que cruzaban en abigarrado conjunto, semejando un iris en vuelo,

Abandonando la carretera comenzaron a marchar por un camino amplio y limpio, pero lleno de curvas, encrucijadas y precipicios a los lados,

—Me encanta andar a gran velocidad, es emocionante—comentó la dama, sin apartar la vista del camino.

—Pero resulta peligroso.

Dilató las ventanillas de la nariz para respirar a todo pulmón el aire puro y embalsamado, y echóle una rápida mirada al novelista:

—Cobardía?—¡No la supuse en usted! Si así es, disminuyo la velocidad, no vaya a ser que le dé un vahido—dijo subrayando las palabras con una sonrisa llena de sutil sarcasmo.

No se desconcertó Vidal:

—Usted desconoce el camino. Hay sitios donde sin mucha dificultad puede desviarse el carro fatalmente.

Es prudencia, no cobardía. La prudencia no excluye el valor. Por ejemplo—añadió, mostrando con el dedo—, mire usted esa revuelta que se inicia allí a cien metros. La llaman *la Curva del peligro*. Si usted no guía con prudencia, dentro de un minuto estaremos con todo y auto en el fondo del abismo.—repuso él, y sonrió a su vez, causándole secreta inquietud a su amigo.

—Señor Vidal—replicó ella no queriendo dar el brazo a torcer—veo que Ud. desconoce el deleite que producen las emociones fuertes.

—¿Como la de quedar desarticulado, después de estrellarse contra una roca?

No respondió élla. Se iniciaba *la Curva del Peligro* y concentró toda su atención en el volante. Se acercaban a la revuelta.

—Disminuya la velocidad—advirtió él—.Ponga neutral y esté alerta con los frenos.

Desconocedora del terreno, aminoró un tanto la marcha y cuando creyó dominada la curva, ignorando que el camino seguía en declive, bordeando la colina en forma de caracol, volvió a imprimir velocidad al auto. A siete metros escasos de la pequeña *esplanada de las cruces*, de donde habían rodado al negro abismo tres carros guiados con marcada imprudencia, Fernando tuvo la perfecta intuición de la tragedia, y sin vacilar echóse sobre la voluntariosa, aprisionó el volante y práctico, buscó con sus pies los de élla, apartóle el derecho del acelerador y el izquierdo del pedal de embrague, desconectó y puso frenos.

La intrépida, tras muy breve pugna, abandonó el timón en manos de su *cicerone*, y el carro, hábilmente desviado de la pendiente fatal, fué a detenerse

enfrente de un árbol, situado a dos metros escasos del precipicio.

Teodora tornó a ver a su amigo con mirada significativa y éste, comprendiéndola, apartóse un tanto, para dejarla libre de la estrecha opresión a que la había sometido, necesariamente, contra el lado izquierdo del auto.

—Fué una imprudencia la mía, ¿no le parece? Si no hubiese procedido Ud. de manera tan rápida y enérgica, quién sabe en qué desagradable condición estaríamos allá abajo—comentó la joven mostrando el abismo.

—Creo que no es aventurado asegurar que estaríamos en una forma poco grata.

—Pero de toda suerte, le aseguro que jamás olvidaré esta aventura, que me ha proporcionado una fuerte emoción desconocida. ¡Ah Ud. no sabe lo mucho que amo las emociones fuertes, donde se juega la vida de una manera decidida y valerosa!—advirtió ella y soltó a reír con una risa frívola y cascabelera, que puso un largo estremecimiento voluptuoso en el ramaje soñoliento del árbol que los amparaba.

El sintióse contagiado de la risa fresca y perlada, y rió a su vez, jovialmente.

Abrió la portezuela del carro y echó pie en tierra. Fernando siguió el ejemplo. Avanzaron algunos pasos:

—Mire Ud.—dijo él, señalándole con el índice la sima que, bordeada por espesos matorrales y llena de peñascos abruptos y cuevas sombrías, se mostraba a unos treinta y cinco metros, en forma de óvalo, atravesada por un riachuelo inquieto, que venía de ignorados parajes y cruzaba para perderse en la hondonada

por entre pedruscos y malezas, semejando un delgado hilo de plata.....

La encantadora mujer, poseída de misteriosa gravedad, luego de pasear una larga mirada indefinible por el oscuro fondo abismal, musitó más que dijo:

—Son enigmáticos, fatales y atrayentes estos sitios donde en silencio vela la muerte.

—Sí; son enigmáticos, fatales y atrayentes, como los ojos de ciertas mujeres—murmuró Vidal pausadamente.

Alzó la cabeza, buscó los ojos de su compañero y, calmadamente—como bajo un somnambulismo luminoso—interrogó:

—Lo cree Ud. así.....?

—Sí, mi linda amiga; y usted es una de esas mujeres; sus ojos de enigma, son dos abismos vertiginosos—repuso él con voz trémula de emoción. Y luego, un ancho, un magnífico silencio gravitó sobre ellos...

Fué ella la primera en violar ese silencio, para asegurar que Frank Clydesdale, un estudiante inglés, momentos antes de darse un balazo, había dicho poco más o menos lo mismo: “que ella tenía unos ojos fatales, de abismo, que atraían trágicamente..... inevitablemente”.

—¿Y le comunicó él su determinación suicida?

—Sí; al tenderme la mano me dijo: “Adios para siempre Teodora”; le interrogué fríamente si era que no pensaba volver a visitarme, y me aseguró que si yo no correspondía su gran amor, se precipitaría en el abismo del suicidio.

—¿Y usted no hizo luz en ese corazón atormentado?

—No; porque lo conceptuaba, demasiado insubstan-

cial y pobre de espíritu, es decir, muy poco hombre para ensayar un gesto heroico.

—Heroísmo? ¿Pero Ud. supone que es hombría pegarse un pistoletazo?

—Desde luego. No me negará usted que se necesita serenidad, valor, para apretar el gatillo del revólver que ha de detener la marcha de la existencia, cuando ella está desviada, de la ruta de la dicha.

—¿No señorita; el suicidio no se explica lógicamente sino como una execrable cobardía! Los que se anulan lo hacen por miedo a la vida; son, digámoslo así, los tráfugas, los miserables tráfugas de la vida—repuso con voz vibrante y cálida el novelista.

—Sr. Vidal está Ud. en un error: un hombre que con avasallante estoicismo se arroja al abismo insondable del suicidio, es un gran alma, un cerebro y un corazón.

—Esas son fantasías absurdas que no escuadran en el marco de la realidad; ni estoicismo, ni alma, ni corazón. No hay estoicismo en una acción que busca anular el dolor; el estoicismo es serenidad olímpica en el sufrimiento, valor ante las circunstancias crueles de la vida. ¿Y cerebro? ¿Puede ser un cerebral quien obra de manera tan poco cuerda? Corazón? Un corazón sordo y egoísta que no quiere sufrir, que no quiere llorar, ignorando que las lágrimas son bálsamo sedante, podrá ser un corazón atrofiado, pero nunca un gran corazón. En cuanto a lo del alma, el suicida demuestra tener un alma de pigmeo, oscura y fría, o carecer de ella por completo; pues, no se explica q' un alma grande conciba el suicidio como un gesto digno ante Dios y ante los hombres.

—Veo, sencillamente—respondió élla con frialdad desconcertante—, que usted no adivina ni remotamente el alma encantadora de los que se suicidan.

—No la adivino, porque no tengo un alma cobarde.

—No estamos de acuerdo.

—Lo lamento profundamente, señorita—repuso él caballeresco—y tras un intervalo de silencio interrogó:

—¿Y usted vió el cadáver del joven suicida?

—Sí, verás: yo pasaba una temporada de verano en casa de Betty, su hermana, una amiga y compañera de colegio.

—Y Frank vivía allí mismo?—interrumpió él.

—No. Frank vino de Londres, especialmente a verme, y ya tenía trazados sus planes de *anulamiento de sí mismo*—como usted dice—, en caso de que yo no le diera una esperanza. Y, cuando se vió perdido, despidióse de mí asegurándome, con esa admirable calma de los ingleses, que iba a morir.

Cinco minutos después de haber marchado, dejándome en la terraza, escuché el disparo que anunciaba la liberación de su alma atormentada. Había cumplido su promesa el bello Frank; había ofrendado su alma de niño.

— En holocausto. ante usted que era su ídolo—dijo él meditativamente e interrogó—: ¿Y Ud. no sintió remordimiento?

—Remordimiento de qué? No. Absolutamente. Yo no podía mentirle amor en el deseo de consolarlo. Además, repito, no lo creía capaz de ese gesto, con todo y que sabía que me amaba con un amor concentrado y pertinaz.

—Pobre Frank Clydesdale!—comentó el novelista.

—Escogió la alcoba de Betty para escribir el epílogo de su vida de veinte años.

—Veinte años?

—No los tenía completos.

—Era un niño.....

—Ya lo he dicho. Pues bien, yo fui la primera en personarme en el teatro de los acontecimientos. Cuando llegué, lo encontré tendido en la cama de Betty, casi agonizante, desangrándose lamentablemente.

—Y usted no se horripiló?

—No; se lo aseguro, sentí, una emoción, una fuerte emoción desconocida: la de ver agonizante a un hombre que se había roto el corazón por mi desdén.

—Aceptó la ofrenda de esa pobre alma de amor, con un supremo orgullo de Dios Indio, con una voluptuosidad pagana.

—Gracias por la similitud—agradeció irónica—, pero ignoraba.....

—Y si hubiese tenido la certeza de que Frank se iba a suicidar por usted.....?

—No habría puesto mucho empeño para evitarlo; mi deseo de experimentar la emoción de ver a un hombre morir loco de amor por mí, me habría impulsado a no oponerme mucho. Además, ya lo he dicho: no lo amaba.....

—¿Y que hizo Ud. cuando lo vió moribundo.....?

—Le alcé la bella cabeza, nimbada por una rubia cabellera y besé en sus ojos de almedra, aljofarados por las lágrimas, y en sus labios contraídos por un rictus amargo, el alma pronta a escaparse del cuerpo...

—Y.....?

—Y dos minutos después, moría con la cabeza reclinada sobre mi corazón! Pobre Frank!, quiso sonreirme

a través de las brumas de la muerte, pero no pudo: me miró largamente, tristemente, y transpuso los linderos de la eternidad..... ¡Cuando lo tuve sobre mi pecho..... lo amé!

—Lo amó usted? Cómo se explica?

—Lo amé, porque me había demostrado un amor ilimitado, que estaba por cima de la vulgaridad... y, porque ya no podía sesgarse en el camino de mi vida, y sondear el arcano de mi alma—murmuró ella tristemente, y guardó silencio.....

Sus negros ojos pasaron de nuevo una larga mirada de éxtasis por el abismo.

—¡Pero son dos los suicidios que ha ocasionado su belleza !, ¿no es así?

—Le ha contado Oscar?

—Me dijo que dos pretendientes de Ud., se habían suicidado: uno en Inglaterra y otro en Francia.

—El de Francia era un mestizo con pretensiones de noble. Era hijo de un Cónsul suramericano residente en París y se llamaba Zacarías Nolasco. ¿Qué le parece el nombrecito?

—Magnífico para el personaje central de un sainete—aprobó Fernando con un gesto anodino.

—Pues el tal Zacarías—continuó la condesa—me tenía loca; me había hecho la guerra, es decir, el amor, en toda forma, y por fin un buen día parece que se agravó su enfermedad, y dióse el lujo de tomarse un veneno.

—Y usted lo dejó hacer?

—Sí, porque me resultaba insignificante, con todo y que no era mal parecido.

—Cosa que interesa siempre, al bello sexo.

—A mí no, señor Vidal.

—Y murió en su presencia?

—No; murió en el Hospital y renuncié a verlo ¡Qué asco de hombre: después de tomarse el tóxico, comenzó a llorar como un niño y a pedir auxilio! ¡Ese sí fué un suicida despreciable; murió llorando, pidiendo que lo salvaran!

—Fué cruel usted al no ir a verlo.

—Cruel? usted no me comprende? De ir a verlo habría sido para reprocharle su cobardía de rata envenenada, apegada a la vida ¡Fué ridículo, grotesco, el infeliz Zacarías! Ridículo y grotesco como los personajes de las astracanadas de Muñoz Seca. No tuvo el sereno gesto de que hizo gala el bello Frank cuando se vió frente a frente con la muerte, pronto a abandonar una vida que le pesaba y le era hostil hasta la crueldad.

—La vida no fué la cruel para con Frank; la cruel fué usted, al atravesarse fatalmente en su camino.

Guardaron silencio.

Erguida, modelada en un traje negro que hacía admirable contraste con su blanca inmaculada, a Fernando antojósele una flor de alabastro emergiendo de un tabor extraño. Teniéndola a su lado, contemplábala en silencio, con hondos anhelos de análisis, pero lo que al principio creyó el—hábil buceador de almas—tarea fácil, resultaba un problema de alta trascendencia, de interés máximo. El alma de esa mujer se mostraba rebelde a toda exploración y los intentos del novelista iban a estrellarse contra la muralla de nieve que le servía de baluarte. Era una extraña criatura, de quien se podría decir que tenía la belleza de la Aspasia, y, el alma hermética y oscura de la Esfinge.

Vidal llegó a la perfecta convicción de que Teodora

de Fuente Clara era una mujer divina y fatal. Que era más bella que Frine, y más fatal que Salomé. Pensaba, asimismo, que aquéllas, con todo y ser tan femeninas y enigmáticas, habíanse prestado para el análisis psicológico de alta trascendencia.

—Frine—deducía el joven pensador—al ofrecerle a Praxiteles su cuerpo de curvas magníficas, y su belleza toda para q' la esculpiera en los mármoles que eternizan su memoria bajo el nombre de Venus, no pudo evadirse al encanto de mostrar a flor de piel la rosa de perversión que fué su alma.....

Salomé, la Princesa judáica, la danzarina núbil, que con sus danzas compró la cabeza del Bautista, dejó que a sus labios—rosas de Jericó—se asomáse su alma, cuando besó la cabeza rebelde, tan amada y tan odiada, con besos incendiarios que llevaban el sello de una pasión donde se unían dolorosos y atormentados, el amor y el despecho.

Eso fué el alma de Salomé: un alma que se abrasó en el amor, ante la presencia de esa flor de los cármes religiosos, que fué San Juan Bautista; un alma que, exarcebada al ver que el hombre tan querido predicaba un amor que no era el que ella sentía, y que se negaba a ofrecerle el beso de sus labios pálidos, no vaciló en ser la culpable de su muerte, para poderlo abrasar en la llama crepitante de su amor.

El alma de Salomé fué un alma enamorada; un alma inconscientemente asesina, ingénuamente cruel; un alma de mujer que, tocada por el beso del amor, del rencor y la locura, mató.... para besar, aunque fuese a través de las brumas de la muerte, al apóstol bien amado.

Pero, acerca del alma paradójal de la mujer que

al lado tenía, ¿qué podría decirse que no fuese hijo de la hipótesis?

Estaban muy cerca el uno del otro, y, Teodora, que permanecía con los ojos fijos en el fondo del abismo, presa de un vértigo, dejó caer a lo largo del cuerpo los brazos que sostuviera sobre el pecho en forma de cruz; inclinó la cabeza y estuvo pronta a precipitarse.....

Fernando comprimió un grito y hábil tomóla por la cintura, estrechándola luego fuertemente contra su pecho, para apartarla de la fascinadora visión. Ella, roto el encanto, abrió lentamente los grandes ojos, e interrogó:

—¿Cómo fué tan hábil?.....

—Intuitivamente—exclamó él.

—Gracias—musitó la condesa, librándose con suavidad del brazo que el escritor le mantenía sobre las espaldas..... y después, agregó:

—Nunca me había sucedido ésto. ¡Qué raro ¡Se siente una como embrujada; como envuelta en una red extraña; como atraída irresistiblemente por una fuerza inexplicable!—y le miró a los ojos, fija, tenezmente, para interrogar:

—¿Usted ha sido en alguna ocasión víctima de ese sortilegio maligno.....?

—Sí—dijo él vagamente, sintiéndose prisionero en el encanto de élla; inmerso en aquella mirada..... y sintiendo aún, la sensación de tenerla sobre el pecho, oprimida contra el corazón.....

—¿Continuamos?—interrogó él con vaguedad, como saliendo de una pesadilla.

—Sí, nos hemos detenido demasiado en este lugar... que recordaré siempre—afirmó ella, apartando la vista de las montañas lejanas, en cuyos lomos el sol se

rompía en mil pedazos, dando la sensación de un vórtice de frágil pedrería.....

Subieron al carro. Ella ocupó el sitio del comando, hizo arrancar y viró hacia la misma dirección por donde habían venido.....

El interrogó admirado:

—Regresamos.....?

Sonrió la carita divina:

—Y me lo pregunta usted?

—Nos encontramos cerca de la *Ciudad Muerta* y me parece lógico que lleguemos.

—Eso le parece a usted, pero a mí no. Deseo volver a casa. Comienza a invadirme el *spleen*.

—Entonces, no insisto; acato sus deseos, me rindo a sus plantas de bella caprichosa—repuso él con marcada intención irónica.

—Si es galantería la agradezco, si es ironía..... también; ambas cosas tienen igual valor para mí—dijo afectando suprema indiferencia, mientras que de interior el despecho la devoraba, animándola a continuar su pérfida campaña, tendiente a acaparar a ese hombre en quien presentía un enemigo formidable, de altiva contextura, de corazón noble y fuerte.

Volvieron a la ciudad, envueltos en un silencio hecho de hostilidades..... y de cosas inconfesadas. El, poseído de una suave melancolía, sintiendo que en su cerebro revoloteaban como negras mariposas, pensamientos inquietantes: intuicionando que esa extraña y adorable criatura, ejercería poderosa influencia en su vida. Que sesgaría la marcha de su existencia hacia cauces ilimitados e ignorados... Llenos de recodos sombríos.

Y ella, atenta al timón, deseosa de llegar pronto,

imprimiendo gran velocidad al carro y,.... turbada por extraños pensamientos y extraños recuerdos encontrados: ese hombre la había tenido estrecha en la red de sus brazos y oprimida contra su corazón, produciéndola una impresión sedante y grata nunca sentida..... Pero al tenerla así, brevemente vencida, obligándola a sentir los latidos de su corazón, y sintiendo él, a su vez, la acelerada marcha del corazón de ella, bien podía suceder que hubiese adivinado algunas de las cosas del arcano de su alma.

Y este último pensamiento le producía escalofríos; la hacía temblar, como tiembla el error ante la verdad..... Como tiembla la sombra ante la luz.

VII

En el elegante *boudoir*, la luz de una tarde veraniega que comenzaba ya a extinguirse, penetraba, con suavidades de caricias de terciopelo, para ir a morir mansamente a los pies de Teodora Virginia de Fuente Clara, quien, envuelta en un amplio *kimono* de seda roja ornado de los lotos dorados, encontrábase en el centro de la habitación y al lado del tibio lecho, en desganada pose romántica: con la peregrina cabeza indolentemente reclinada en el espaldar de la butaca, la mano izquierda abandonada en el regazo y la derecha sosteniendo el cigarrillo turco; con las piernas cruzadas una sobre otra y los soñadores ojos—que parecían mirar y no miraban—fijos en las espirales del humo.....

Apagó el cigarrillo, lo puso en la cenicera, y despe-

rezóse lánguidamente, poseída por una suave voluptuosidad:

—“Ahora sí puedo estar segura de ello: ese hombre me ama—se dijo—. Anoche, cuando nos encontramos accidentalmente en la terraza del Club, pude valorar perfectamente las circunstancias que encuadran a Vidal respecto a mi persona. Sí; cuando me dijo lleno de una vaguedad donde flotaba la tristeza, que en las cuestiones del amor él ponía el corazón bajo la disciplina de sus ideas, al mirarlo con fijeza, buscando la verdad de sus palabras, leí en sus ojos—que son bellos y dulces, esto no se puede negar—el secreto que sus labios, sellados por un orgullo plebeyo, se niegan a confesar: el secreto de su corazón; de ese corazón en el cual he hecho florecer los cándidos rosales del amor, para luego, pisotearlos. . . utrajarlo con mi desprecio”

Encendió otro cigarrillo turco; cambió de posición y se dijo jubilosa:

—¡Qué gracioso está resultando el asunto: él, el hombre de talento, el buceador de almas, el hábil psicólogo que pretendía sondear el arcano de mi existencia, luego de fracasar lindamente, cae en las redes que le tiendo para castigar su orgullo bastardo!

Dió una chupada al cigarrillo, aspiró el humo haciéndolo salir lentamente por la nariz, y se puso repentinamente seria:

—¿Pero. cuando pensará declararme su amor?—se preguntó con disgusto, al recordar que hasta ahora el novelista se había limitado a hablarla de otras cosas, si bien es, a zaherirla cada vez que se le presentaba una oportunidad propicia, pero que lo que eran palabras de amor, reveladoras de una crisis sentimental, no había deslizado ninguna a su oído.

Se tranquilizó después, al llegar a la conclusión de que si ella envolvía su despecho, su rencor mismo en complacencias y sonrisas, para conseguir lo que se proponía, él, con talento y maestría en las lides del amor—cosa que tampoco se le podía negar—, ocultaba su pasión bajo un manto de majestuosa indiferencia.....

Y sonrió con una sonrisa maligna, pensando que Vidal y ella jugaban un extraño carnaval, que bien podíase llamar *el carnaval de las pasiones*.....Carnaval al cual habían ido recíprocamente: él ocultando su pasión hecha intensa, tras una careta de refinadas ironías, y ella, bajo una de sonrisas y miradas artificioosamente románticas.....

—Es curioso, parece novelesco—exclamó—: ese hombre y yo nos sentimos apasionados el uno del otro, pero..... nuestras pasiones, con todo y ser nacidas en la misma fuente—el corazón—, marchan polarmente opuestas. ¡Sí—agregó con convicción, frunciendo el ceño—; el odio y el amor son hijos del corazón...!

Tras un intervalo de sombrío silencio, exclamó despectiva:

—¡Pobre hombre! ¡No sabe que está deslizándose por una pendiente que lo llevará al ridículo más desconsolador! De seguro que me supone capaz de quererlo y de llegar con él al matrimonio. En fin, veremos qué hace cuando sepa que me caso con Leonidas....

Ella tenía decidido unirse en matrimonio con el Marqués de Peña Blanca. De amarlo, lo amaba, pero con un amor comedido, deductivo, que tenía mucho de interesado.

¡Pero de que se casaba no había lugar a dudas; el Marqués era, incuestionablemente, el hombre que le convenía: simpático, talentoso, mundano y.....sobre

todo, noble de España..... legítimo Marqués. Esto último era lo más interesante para ella, la vanidosa mujer, porque la elevaría a la categoría de Marquesa.

Peña Blanca la amaba—se decía ella—de lo contrario no tenía explicación que hubiese abandonado sus propiedades, y sus amoríos de la Corte, para seguirla a suramérica como un perrito faldero. Le había declarado su amor con la mayor seriedad del mundo, por lo menos cien veces, y ella no había aceptado ni rechazado; se había situado—como quien dice—a dos aguas, hasta ver la orientación definitiva de esa ficha que se jugaba en el tablero de damas del amor, ficha que tenía esta vez la importancia de ser supremamente grave, porque decidiría su porvenir.....

El Marqués, práctico en los complicados juegos del ajedrez y del amor, no vacilaba en plegarse caballero romántico de otras edades, halagando la vanidad ilimitada de la caprichosa conterránea, que para él significaba una tabla de salvación en la bancarrota económica que habíalo obligado a salir de Europa precipitadamente.

—Se puede?—interrogó la criada al aparecer en el umbral de la puerta de la alcoba.

—Adelante, mujer—respondió Teodora sin tornar a ver a la muchacha.

—El Sr. Marqués espera por Ud. en la sala—dijo la fámula cuando estuvo cerca de su ama, y entrególe un hermoso ramillete de flores. Teodora volvió los ojos hacia el tocador y buscó las manecillas del reloj: marcaban las cinco.

—¡Qué barbaridad!—exclamó— hasta ahora no lo recuerdo: tengo que salir a las cinco y media con el señor Marqués de Peña Blanca!

—Necesita algo la señorita condesa?

—No. Dile al Sr. Marqués que tenga la bondad de esperarme un instante.

—Está bien, Condesa—respondió la criada y salió cerrando tras sí la puerta.

Teodora se puso de pie, despojóse del *kimono*, quedando tan sólo con la combinación de seda lila, y atravesó la alcoba con su andar lleno de majestuosa gracia para ir a situarse frente al lavabo.....

Después de sentir en el rostro, en la cabeza, en la nuca y en los brazos la caricia fresca del agua, secóse escrupulosamente con la toalla a listas y encaminóse al armario, donde el gran espejo biselado no necesitó mentir ni ser muy galante para decirle que tenía un cuerpo de curvas peregrinas y armoniosas, que la mismísima Frine habríale envidiado.....

Sonrió halagada por el mudo y discreto decir del espejo.

—¡He nacido para ser amada—se dijo placentera—; para inspirar pasiones intensas y crueles....Para sembrar el amor o la muerte, según me plazca! ¿Acaso no están locos por mí diez o doce hombres, sin contar a Peña Blanca, mi preferido, y no murió en mi holocausto el bello Frank Clydesdale?—En este punto de su monólogo se detuvo repentinamente, enarcó las cejas y se dijo lentamente, poniendo turbia pasión en las palabras:

—¡Qué feliz sería yo si él imitáse al bello Frank!

¡Pero no—agregó con desaliento—: eso no lo debo esperar de Fernando Vidal.....! ¡Ese hombre es un demonio; no hay que llamarse a engaño; dentro de su sencillez, tiene una voluntad demasiado fuerte, para que llegue a la finalidad del suicidio!